

CATEADORES DEL COBRE EN ATACAMANARRADOR*Lento*

Señoras y señores: presentamos a ustedes esta noche, y gracias a la imaginación de nuestro libretista, algunos de los más afamados mineros y cateadores del cobre en el Desierto de Atacama. Aquí está el primero y el más importante: Don Diego de Almeyda.

MUSICA*(Breve)*

DIEGO DE ALMEYDA (Voz de viejo) Buenas noches, señoras y señores. Antes de decir lo poco que tengo que decir, ~~wando~~ ^{quiero} agradecer al autor de este libreto la oportunidad que me ha dado de resucitar, aunque sólo sea espiritualmente, verbalmente, mejor dicho, por ~~unas~~ ^{unos} pocos minutos. He de advertir que no hubiera resucitado, a pesar de los esfuerzos del libretista, si no fuese porque soy un hombre cuya biografía no ha sido escrita en ningún libro. ~~Centra de Estudios de Literatura Chilena~~ ^{Centro de Estudios de Literatura Chilena} leer éste y aquél libro sobre minería y éste y aquél otro sobre personajes importantes y en ninguno ~~de ellos~~ encontrarán una imagen completa de mi persona; dan fechas, dan datos, dicen quién fué mi padre y quién fué mi madre, qué año nací y qué año morí, pero yo, don Diego de Almeyda, cateador y minero, no aparezo exactamente en ninguna parte; peor aun, leyendo esos libros la gente llega a sospechar que Diego de Almeyda, menos que una persona, fué un fantasma, un fantasma que vagó durante innumerables años por el Desierto de Atacama, buscando minas. (Ríe) ¡Je, je, je! ¡Fantasma! No, no fuí un fantasma, fuí un hombre de carne y hueso, y más que eso, un hombre que no vivió para las biografías sino para la vida, sí, para la vida. (Pausa) Debo advertir que no ~~me~~ lamento ~~de~~ que no se haya escrito una biografía sobre mi persona; de ningún modo; tengo la mía. Mi biografía está escrita en las rocas, en las quebradas, en las mesetas, en los arenales, en la neblina, en los rodados y reventones de minerales, en la tierra reseca y en las pequeñas aguadas del De-

sierto de Atacama; sí, allí está. Vayan ustedes y recórranlo de norte a sur y de este a oeste, desde el río Copiapó hasta El Salado y desde el bordo hasta la cordillera, reséquense con su sol, tiriten con su frío, empápanse con su camanchaca y piérdanse en sus espejismos y así podrán leer mi biografía. (Ríe) ¡Je, je, je! Pero no vayan a caballo o en mula, en automóvil o en avión, no; vayan a pie, sí, a pie como fui yo. A caballo o en mula no se descubren minas. Es lo que yo le decía a José Martínez, mozo mío, que en paz descansase: (cambia la voz de viejo a voz de joven) Oye, José, bájate de la mula y anda a pie; de otro modo no encontrarás nunca una mina.

MARTINEZ Es que me canso de tanto andar, patrón, y desde arriba de la mula puedo lo más bien aguaitar una minita.

DIEGO DE ALMEYDA No seas porfiado, José. (Voz de viejo) Hasta que descubrió la mina Bella Vista; pero no montado sino a pie.

MARTINEZ (Gritando) ¡Patrón don Diego! ¡Patrón don Diego! ¡Aquí hay un tremendo reventón de cobre!

Diego de Almeyda (Voz de joven y desde lejos) No puede ser que hayas descubierto una mina yendo montado; son mentiras tuyas.

MARTINEZ Es que no iba a caballo, patrón, sino a pie.

D. DE ALMEYDA ¡Ah! ¿No te lo decía yo? Ahora sí que te creo. (Voz de viejo) Entré joven al Desierto y salí viejo. ¡Cuántas minas descubrí! ¡Qué montañas de plata! ¡Qué montones de oro! ¡Qué cerros de cobre! Parecía que las minas esperaban que yo llegara para aparecer con toda su grandeza y su riqueza. Aquí Las Animas, que produjo millones de pesos en un tiempo en que los pesos eran pesos y los millones millones y no puros papeles como lo son hoy; allá Quebrada Seca, que fué vendida en nueve mil pesos y que produjo quinientos mil; más allá Cerrillos, Tránsito de Lechuzas y El Algarrobo, que pasó de mano en mano durante años y que no produjo menos de cinco millones de pesos; El Morado, que rindió casi tantos millones como pleitos provocó, y Vaca Muerta y Matancillas y la Taltalina y cuántas más... Las minas brotaban a mi paso como las callampas brotan al paso de la lluvia; me perseguían

y parecían decirme con su voz ^{de}ta metálica: aquí estoy, don Diego, descúbrame, por vida suya. ¡Cuántas minas! ¡Cuántos millones! ¿Qué se hicieron esos millones? ¡Vaya uno a saber! Algunos se los llevaron los abogados, otros las trampas y muchos fueron a parar a los bolsillos de los que sin moverse de sus escritorios prestan dinero a los mineros o compran las minas de los empobrecidos en el trabajo, quedándose al final con todo. (Suspira) ¡Ah! En cuanto a mí, morí pobre, y me alegro; de haber muerto rico tal vez mi alma no estaría tan tranquila. En fin... Todo lo hice por ... ¿por quién? No sé; me gustaba el Desierto; hay algunos que le tienen miedo, pero hay gente que le tiene miedo a todo, a Dios y al Diablo, al frío y al calor, a la humedad y a la sequía; yo no, y dormía al aire libre, enterrado en la arena, como si estuviese en mi cama. (Ríe) Me acuerdo

del doctor Philippi; casi se desmayó cuando vió que me pre-

paraba a dormir en el suelo, sin más frazada que la arena, y eso que yo era ya más viejo que Matusalén. Me dijo:

Centro de Estudios de Literatura Chilena
 (Voz de alemán) ¡Oh! Caramba, don Diego, ¿qué está usted haciendo?

PHILIPPI

D. DE ALMEYDA Aquí estoy, pues, doctor, preparando mi camita.

PHILIPPI Pero ¿adónde va a dormir usted?

D. DE ALMEYDA Aquí, pues, en el suelecito, al reparo de esta piedra.

PHILIPPI ¡Oh, no, caramba! ¡Eso no puede ser! Usted se irá a mi carpeta.

D. DE ALMEYDA No, doctor: me ahogo dentro de las carpas.

PHILIPPI Entonces le mandaré unas frazadas.

D. DE ALMEYDA Tampoco, doctor: las frazadas me dan mucho calor.

PHILIPPI ¡Oh, qué hombre! ¡Qué hombre! Duerme como las lagartijas.

D. DE ALMEYDA (Ríe) ¡Je, je, je! Bueno, eso era todo lo que quería decirles; y ahora me voy. Adiós, señoras y señores. El Loco Almeyda, como me llamaban, se despide de ustedes. Adiós...

Me vuelvo a mi silencio y a mi oscuridad. ¡Ah! Se me olvidaba: en los crestones de la mina de Sierra Esmeralda, allá por el interior de Taltal, dejé una vez una inscripción que decía: Aquí estuvo D. A. 1838. D. A., es decir, Diego de Almeyda. Por allí había pasado, tres siglos antes, otro hom-

bre cuyas iniciales eran también D. A.: don Diego de Almagro... Ese hombre descubrió Chile; yo descubrí las minas. Los Diegos somos así. (Alejándose) Adiós, amigos, hasta siempre... Adiós, adiós...

MUSICA

(Breve)

NARRADOR

Puntura

Desaparecido don Diego de Almeyda, o muy viejo ya, le sucede de don José Antonio Moreno, El Zunco Moreno, como se le llamaba. Aquí viene, desde el fondo del pasado, a hablarnos algo de sí mismo.

MUSICA

MORENO

(Voz de hombre maduro, alegre) Sí, es cierto: me llamaban El Zunco Moreno; me faltaba un brazo, pero era lo único que me faltaba, ya que corazón y empuje me sobraban. Don Diego de Almeyda, más que un hombre, era una perfecta máquina humana: parecía que nunca tenía hambre ni sed ni sueño; no se cansaba y creo que por el olor del aire podía saber en qué punto del Desierto se encontraba; nunca se perdió, siempre llegó adonde quería llegar y volvió siempre al punto de donde había salido. Yo era otro hombre. Don Diego tomaba por el medio del Desierto; yo me iba por la costa. Tengo mucho de chango -- soy atacameño puro -- y si a don Diego le gustaba andar, a mí me gustaba navegar. Claro está, no hay quien se compare a don Diego; él es el primero entre todos. Cierto es que recorrí con mi goleta toda la costa de Atacama hasta llegar a la caleta de El Cobre, descubriendo muchas minas, pero la verdad es que el honor de esos descubrimientos no es mío, es de otro hombre: del cateador don Nicolás Pérez Talavera. Nicolás Pérez era también uno de los buenos para andar y para no comer ni beber, cosas que yo nunca pude hacer. No sé si ustedes saben que murió tullido; ~~en~~ en los últimos días de su vida, él, que había andado cientos de leguas por el Desierto, no podía dar ni un paso: murió de haber andado tanto. (Ríe) ¡Ja, ja, ja! Un día apareció por mi casa y me dijo:

NICOLAS PEREZ

(Voz de hombre joven, rústico) ¡Buenos días, don José Antonio, ¿cómo le va?

MORENO

¡Nicolás Pérez Talavera! ¡Tanto tiempo que no te veía! ¿De

dónde vienes saliendo?

NICOLAS PEREZ De donde siempre, pues, don José Antonio: del Desierto.

MORENO Pero, hombre, algún día te vas a salir con la tuya: te morirás por ahí de hambre o de sed.

NICOLAS PEREZ No, don José; yo me moriré de cualquier cosa, menos de esos males.

MORENO ¡Bueno, bueno con Nicolás Pérez! ¿Y qué anduviste haciendo por el Desierto?

NICOLAS PEREZ Lo de siempre, cateando.

MORENO ¿Y qué encontraste por ahí? ¿Algo bueno?

NICOLAS PEREZ Nada de muy bueno: puro cobre y oro, y usted sabe que a mí el oro y el cobre no me hacen ninguna gracia; los encuentro muy amarillos. A mí me gusta la plata, que es ~~blanqui~~ta.

MORENO (Ríe) ¡Ja, ja, ja! Claro, claro, son muy amarillos. ¿Así que nada de plata?

NICOLAS PEREZ Muy poquita cosa. Pero cobre hay mucho, sobre todo para el lado de la costa, y como yo sé que a usted le gusta el cobre...

MORENO Así, así... Claro es que prefiero el oro, pero nunca está demás saber las cosas, aunque más no sea.

NICOLAS PEREZ Le voy a contar entonces...

MORENO Cuenta, cuenta...

MUSICA (Bueno)

MORENO Aquel diablo había descubierto cerros de cobre; pero el cobre, en ese tiempo, valía poco y lo dejé estar. Un día subió, sin embargo, y me largué a buscarlo. Trabajé ~~mucho~~ como macho durante diez años y me hice millonario, sí, millonario, pero no un millonario de esos que andan por ahí, que hacen su fortuna a costillas ajenas y después la guardan como hueso de santo, sino un millonario que gasta lo que ha ganado y lo gasta bien, dándose gusto. Me acuerdo todavía del día en que el doctor Philippi, que andaba explorando el Desierto, llegó a mi casa, allá, en la Caleta del Cobre. Lo invité a almorzar y se asustó al ver la mesa. Me dijo:

PHILIPPI (Voz de alemán); Oh, caramba, don José Antonio! ¡Qué mesa tan bien puesta! Es raro encontrar algo así por estos lugares.

MORENO Sí, doctor, se hace lo que se puede. ¿No querría beber algo antes de almorzar?

PHILIPPI Claro, me parece muy bien. Hace mucho tiempo que no tomo un buen vaso de agua y me gustaría tomar uno. El agua del Desierto es muy mala.

MORENO Sí, doctor, muy mala: sucia y salada. Por eso no la tomamos aquí.

PHILIPPI ¡Ah! ¿No toman agua? ¡Qué lastima, mira! ¿Y qué toman? ¿Vino?

MORENO No, vino tampoco. En fin, usted lo ha de ver. José, tráete esa botellita que puse al fresco.

PHILIPPI ¡Me muero de curiosidad!

JOSE Aquí está, patrón.

PHILIPPI ¡Qué! ¡Champaña! ¡Y champaña francés! ¡Oh, don José Antonio! CELICH UC Este es una broma suya. No puedo creer que beba usted champaña en vez de agua.

CONTROL Sucesión Manuel Rojas ©
(Taponazo de champaña y líquido que cae en un vaso)

MORENO Sírvase, doctor, a su salud.

PHILIPPI ¡Oh, caramba, caramba! Me muero de sorpresa. Nunca creí que tomaría champaña en el Desierto de Atacama. ¡Oh, oh!

MUSICA (Breve)

MORENO Así fué... (Pausa) Don Diego de Almeyda murió viejo y pobre; yo morí joven y rico. Hasta en eso me ganó... En fin, paciencia. No me arrepiento de haber trabajado y no me arrepiento de haber sido rico. Hice con mi vida y con mi fortuna lo que tenía que hacer: trabajar y gozar. ¿qué más quiere un hombre? Después, paz y silencio. (Alejándose)
Paz y silencio... Paz y silencio...

MUSICA (Breve)

NARRADOR Entre los cateadores y mineros del Desierto de Atacama fué muy conocida la familia Aracena. Uno de sus hombres, llamado El Chango Aracena, fué famoso por un crimen que cometió y por un derrotero que nunca fué hallado; el otro, Rafael,

que no era minero, descubrió una mina de cobre que... Pero mejor será que él mismo nos cuente su historia.

MUSICA BREVE

RAFAEL (Voz ingenua) Sí, es cierto, yo descubrí una mina, de pura casualidad no más porque nunca fui minero. Era buzo y a veces también arriero, como todos los changos. Y voy a contarles cómo la descubrí. Venía desde Cochabamba con el padrecito Higuerales y llegamos al Paposo, donde arriamos vela y descansamos unos días. Después, alquilando unas mulas, nos largamos a atravesar el Desierto. A poco andar se nos vino encima una niebla más tupida que cabeza de zambo y que duró dos días seguidos. Al tercer día aclaró. ¿Y dónde estamos, padrecito?

HIGUERALES Sólo Dios lo sabe, Rafael. Hemos dado más vueltas que un perro.

RAFAEL Pero usted, padrecito, dijo que conocía estos sitios como a su sotana.

HIGUERALES Es cierto. Estaba de viaje que los conocías como a tus bolsillos.

RAFAEL Claro, pero si me ofrecieran una onza de oro para que dijera dónde estamos, la perdería.

HIGUERALES Se nos han quemado los papeles, Rafael.

RAFAEL Así es, pues, padre; ¿y qué hacemos?

HIGUERALES Por el sol podemos saber dónde están los rumbos. Veamos: para allá está ~~norte~~ el norte y para acá el sur; sigamos por acá y veremos qué pasa. (Buena gana)

RAFAEL Seguimos, pues, y a poco fuimos a parar al pie de un cerro lleno de cachiyuyos. Nos apeamos y empezamos a mirar. ¿Y qué vimos?

HIGUERALES Mira, Rafael, lo que hay entre estas matas. ¡Esto es cobre!

RAFAEL Así es, padrecito, y del mejor. Hay unas rodazones tremendas.

HIGUERALES ¡Y mira allá! Aquí hay lo menos tres cargamentos, fuera de lo que habrá por ahí.

RAFAEL Pero no sacamos nada con estar mirándolo, padrecito; no lo podemos llevar y andamos perdidos.

HIGUERALES Es verdad, sigamos; pero llevémonos siquiera unas piedrecitas de muestra. (Breve pausa)

RAFAEL Seguimos, y al atardecer llegamos a la punta sur de Vaca Muerta; anochecido casi, arribamos a la Vega y al día siguiente estuvimos en Chañaral, donde vivía don José Manuel Zuleta, minero y muy amigo del padrecito Higuerales. Le dimos la noticia y le mostramos las piedras que llevábamos. Don José Manuel se volvió loco y armó al tiro una caravana y me llevó con él; pero el cerro, los cachiyuyos/ ^{y el cobre} se habían hecho humo; no encontramos nada. Don José Manuel lo buscó durante muchos años, mandó cateadores, hizo planos y gastó muchísima plata; nada. (Ríe) ¡Je, je, je! A veces se me ocurre que el padrecito Higuerales estaba soñando cuando descubrimos el cobre y que yo andaba por las mismas, de puro asustado que estaba. ¡Quién sabe! En el Desierto pasan cosas raras. A veces se ve lo que no hay y otras veces

no se ve lo que hay... Así es la cosa.

MUSICA

(Breve)

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena

NARRADOR

Santora

El Chango Aracena, cateador y asesino, avanza ahora. Viene Sucesión Manuel Rojas © sombrío y taciturno. Oigámosle.

ARACENA

(Voz dramática, pausada) Soy famoso por un derrotero que dejé y por un crimen que cometí; triste fama. El hombre no me había hecho nada, pero le pegaba a un niño, y yo, que venía saliendo del Desierto, no pude soportarlo. El niño aquel era lo más lindo que había visto en mucho tiempo y aquel hombre le pegaba delante de mí. Le dije: Mire, hombre, no le pegue al niño; eso es malo... Me contestó:

ALEMAN

¡qué te importa a tí, chango mugriento! Retírate si no quieres que también te pegue a tí.

ARACENA

Yo venía con muchos días de hambre, de sed, de cansancio y de soledad. Lo maté... Eso pasó en el mineral de Las Animas, que descubrió don Diego de Almeyda, y pasó en mal momento: yo acababa de descubrir una mina riquísima, una mina que me habría hecho millonario. Sueños de cateador... En lugar de eso fui a parar a la cárcel, donde me procesaron, me sentenciaron a muerte y me fusilaron. ¡qué les pa-

rece! Había gastado mi vida buscando una mina que me hiciera rico y cuando la descubrí resulta que no me sirvió de nada... Bueno; no quise morir llevándome el secreto y se lo dije al doctor Quesada, que fué mi abogado; le dí todos los datos y las señales, le nombré todos los puntos necesarios y le manqué en un papel todos los rumbos; pero no sé qué pasó. No encontraron nada. Talvez el doctor Quesada, que era abogado, lo embrolló todo; quizá si yo, cuando descubrí la mina, estaba ya loco; quién sabe si todo fué un puro espejismo; pero yo ví el metal, así como ví al alemán que le pegaba al niño, y si este hombre era real, ya que cayó a la primera puñalada que le pegué, ¿por qué no iba a ser real la mina y sus riquezas? No sé... Hay muchas preguntas que se contestan diciendo: no sé, y esta es una de ellas. En mi recuerdo hay una gran reventazón de minerales y una gran mancha de sangre... Es el Desierto: metal y

sangre, riqueza y muerte, sudor y risas, cateadores muertos de hambre y de sed y mineros enriquecidos que toman champañita en vez de agua, viejos que mueren pobres y jóvenes que mueren ricos... Así es la cosa. Es el Desierto... (Alejándose) Es el Desierto, metal y sangre, riqueza y muerte...

FIN